NOVENA EN HONOR AL SEÑOR DEL HUERTO.

Novena compuesta hacia 1850 por el P. Fray Rafael Sanz OM, Misionero Apostólico, Cura interino del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y Definidor de la Orden Franciscana en Bolivia, y publicada con licencia de Mons. Manuel Ángel del Prado Cárdenas, Obispo de Santa Cruz de la Sierra, y Mons. José María Yáñez de Montenegro, Obispo de Cochabamba, quienes concedieron 40 días de Indulgencia para cada oración de la Novena. Puede rezarse en cualquier momento del año.

NOVENA EN HONOR A NUESTRO SEÑOR DEL HUERTO

Por la señal ✠ de la Santa Cruz, de nuestros ✠ enemigos, líbranos Señor ✠ Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. **Amén.**

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, ***en quien creo, en quien espero, a quien amo sobre todas las cosas ¿Mas qué digo? ¿Cómo tengo valor para asegurar que amo a Dios a vista de las angustias que mis pecados le hacen padecer? ¡Ay Padre mío, angustiado Salvador, perdonadme el atrevimiento! Pues lejos de haberos amado, os he aborrecido, os he ultrajado como el enemigo más cruel. Conozco, ¡Dios mío! que mis iniquidades me declaran traidor a vuestra Majestad infinita: veo que mis culpas han humillado atrozmente a vuestra humanidad sacrosanta. Ellas son la triste causa de vuestros padecimientos. ¡Sí, Padre amado! yo que debía ser vuestro hijo y vuestro siervo más fiel, he sido, ¡infeliz de mí!, vuestro azote, vuestro enemigo, vuestro verdugo. Yo he renovado mil veces los acervos dolores de vuestra Pasión. ¡Mis enormes pecados han***

afligido vuestro Corazón divino, lo han llenado de angustia, han cubierto vuestro hermoso rostro de palidez mortal, le han hecho sudar Sangre purísima hasta empapar la tierra! ***Por seguir al mundo y mis pasiones, he huido de Vos, os he abandonado en vuestro desamparo, peor que los discípulos; y si me he acercado ha sido para daros como Judas un abrazo sacrílego, un ósculo traidor para poneros las manos, como los judíos; para arrastraros maniatado y llenaros de golpes y de ultrajes.*** *¡Sí, Jesús mío!,* ***todo esto he cometido contra Vos. Pero*** *¡ah!, ¡perdonadme, angustiado Señor!* ***Me pesa de haberos ofendido y de haberos causado tantas amarguras. Dadme un dolor intenso de mis pasados extravíos, y gracia eficaz para no repetirlos ni afligiros más. Haced que mi corazón llore sangre a vista de la que Vos sudasteis y derramasteis por mí. Esta Sangre que debe lavar mis culpas y darme la eterna gloria.*** Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Amantísimo Redentor! ***Esposo purísimo de mi alma, que, por sacarla del profundo abismo de la culpa, bajasteis del Cielo, os revestisteis de nuestra carne, os humillasteis con la marca infame de la esclavitud y del pecado, os cargasteis con el enorme peso de todos los crímenes de los hombres, para satisfacer con vuestra muerte a la justicia divina, permitidme que por un momento os acompañe al monte de las Olivas, donde vais a agonizar por mi amor. Permitidme que entre con Vos en el huerto solitario de Getsemaní, para consolaros.*** *¡Ah!,* ***yo no***

soy un Ángel que os pueda confortar: pero vuestro abatimiento, vuestra angustia, ¡Dios mío!, me confortará a mí, miserable pecador. Pues el veros tan sumiso en cumplir la voluntad de vuestro Padre, para pagar siendo inocente, la deuda inmensa de mis iniquidades, me alentará para sufrir con resignación los trabajos y aflicciones que me manda su adorable Providencia, tanto para purificar mi alma, como para enseñarme que sin padecer algo por su amor no sería digno de acompañarlo en la gloria donde, aunque sea a fuerza de angustias, quiero ir a gozar los frutos dulcísimos de su Sangre derramada por mí. Amén.

DÍA PRIMERO

MEDITACIÓN: *IDA DE JESÚS AL HUERTO – SU TRISTEZA.*

Considera, alma mía, **cómo Jesucristo después de haber instituido el Santísimo Sacramento del altar, después de haber lavado los pies a sus Discípulos y después de haberse despedido tiernamente de su santísima Madre, sale del santo cenáculo con sus discípulos. Júntate tú a ellos, y no dejes al divino Maestro, pues va a orar y agonizar por ti. Es de noche, los mortales están durmiendo, sus Apóstoles pronto se rendirán al sueño: más sus enemigos se agitan furiosamente. Por lo mismo, despiértate tú y síguele: mira y observa bien sus pisadas. Jesús va caminando y saliendo de Jerusalén con majestad en sus pasos, con humildad en su rostro, con silencio en su boca,**

mas con profunda tristeza en su divino Corazón. *¿Y por qué será esto, alma mía? ¡Ay!,* los Apóstoles lo miran confusos, sin atreverse a preguntarle la causa de su aflicción: recelan que aquella noche se verificará el funesto vaticinio de Zacarías, anunciando por Jesús mismo: *«Heriré al Pastor, y serán dispersadas las ovejas de mi rebaño».* Este presentimiento turba sus almas y cierra sus labios, así como se los cerró a los amigos de Job la vista de su vehemente dolor. Las tiernas miradas del Señor, el silencio de la noche, la solitaria obscuridad de Getsemaní aumenta su timidez y su pavor. Al entrar en ese huerto rompe Jesús su silencio, y les dice con voz medrosa: *«¡Discípulos míos carísimos! Quedaos aquí, descansad, mientras yo voy a orar. Y tú, mi Juan amado, Pedro, Santiago, vosotros que me habéis visto transfigurado y glorioso sobre el Tabor, venid conmigo para ver de cerca mi aflicción y agonía. Si, acompañadme: no me dejéis. Quizá vuestra fiel compañía mitigará ese tedio desolante, ese pavor terrible que penetra hasta mi alma: esa alma, que da vida al mundo, y que ahora temo que va a morir de tristeza. ¡Tal es la angustia de muerte que la combate! Tristis est ánima mea usque ad mortem».* *¡Qué declaración tan triste, qué palabras tan misteriosas en la boca del eterno Verbo!*** Esto parece incompatible con la divinidad. Así es, ***¡alma mía!*** Pero advierte que el Eterno Padre desde la entrada al huerto hasta la cruz le retira a Jesucristo los consuelos de su naturaleza divina, haciendo que su humanidad sacrosanta al ir a satisfacer la deuda inmensa de**

todos los pecados de los hombres, se sintiese abrumada y oprimida de tanto peso como el que causaba en su alma tan mortales angustias. *¡Ah!,* y *¿cómo no se había de entristecer, cómo no se había de angustiar Jesús, cuando en aquel momento se le cargaban todos los dolores, todas las penas, todas las desolaciones, todas las angustias y todos los tormentos que nuestras culpas merecían?* Él conoce toda la extensión del cargo que va a satisfacer, de la deuda que va a pagar. Sin embargo, su carne se siente enferma y desfallece, su Corazón se acongoja y se perturba; su alma se aflige y casi muere de tristeza, a vista de una responsabilidad tan inmensa. *¿Y tú, alma mía, al ver a Dios en esa consternación y abatimiento, en que tú lo pusiste, no te afliges, no te angustias? ¡Qué dureza, qué crueldad la tuya!* Al entrar en el huerto parece que el Corazón de Jesucristo se sobrecoge de espanto y le va a salir de su pecho, con más razón que el de Eliú (Job 37). Él puede exclamar con más verdad que Jeremías: *«Siento que mi corazón se parte y que mis huesos se dislocan: me siento desfallecer como ebrio a la presencia de Dios»*. Él puede asegurar mejor que Elifáz: *«En el horror de esa nocturna visión, ahora que el sueño oprime a los hombres, se han apoderado de mí el pavor y el temblor, y hasta mis huesos se estremecen y tiemblan con tan profunda tristeza. Y así, discípulos míos, ¡almas que me amáis!, no me desamparéis, consoladme, poneos junto a mí; siquiera vuestra vista mirará mi acerba tristeza. Entristeceos

pues, orad y velad conmigo, ya que mi alma por vosotros está triste hasta la muerte».

AFECTOS

Angustiado Jesús, Padre amoroso de mi alma, ¿cómo no muero yo de dolor al ver que, siendo Vos inocente y santo agonizáis, al contemplar los tormentos en que os ponen mis abominaciones criminales? Ay de mí. Yo soy más cruel que los parricidas, pues no me conduelo de la triste angustia de mi Padre. Esa angustia que yo mismo he causado a su amante Corazón. Sí, Salvador mío, mis risas impuras, mis alegrías mundanas, mis gustos ilícitos, mis placeres criminales, mis complacencias inicuas han sido y son todavía las que contristan vuestro Corazón, las que entristecen vuestra alma, hasta el punto de agonizar y de morir. Pero hasta, Señor, basta de reír con el pecado, basta de alegrarme con los pecadores. Quiero entristecerme con Vos, ya que mis culpas lo merecen, y ya que Vos tanto os entristecisteis por mí. Y así las tristezas y angustias que el mundo me causare y que me mandare vuestra providencia, las uniré a las vuestras, las sufriré por amor de las vuestras, no solo para alcanzar lo que os pido en esta novena, sino también para gozar en el Cielo de los gozos inefables que Vos prometéis a los fieles que por Vos se entristecen y lloran en este mundo. Así sea.

—Aliéntese la confianza, y pida cada cual la gracia o favor que desea conseguir.

—Después se rezarán tres Credos en la forma y oraciones siguientes:

—Recemos un Credo al Señor del Huerto, para que nos dé su santa gracia, a fin de que nuestras culpas no vuelvan a renovar en su alma santísima la mortal tristeza que sintió en Getsemaní. Creo en Dios Padre, etc.

—Recemos otro Credo al Señor del Huerto, para que por su amor nos dé la gracia de sufrir con resignación las tristezas, las angustias, las aflicciones, las persecuciones, las injusticias, las infamias y cuantas penas nos causaron nuestros enemigos, y cuantos trabajos el Señor nos permita. Creo en Dios Padre, etc.

—Recemos otro Credo más al Señor del Huerto, para que por los méritos de su triste agonía dulcifique con su gracia las agonías de nuestra muerte, lave nuestras almas con las gotas purísimas de su sanguíneo sudor, y las reciba como Padre en los gozos eternos. Creo en Dios Padre, etc.

LAMENTOS

Triste y lleno de pavor,

Y agonizando en el huerto, ***¡ven a verme, pecador!***

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Mira mi rostro abatido,

Y mis ojos eclipsados;

Y sabe que tus pecados

Mis tristezas han producido.

¿Y no lloras compungido

Viendo así a tu Creador?

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Solo me retiro a orar

Mis Apóstoles dejando.

Infiel ingrato, ¿*hasta cuándo*

Tú me harás agonizar?

¿Tus ojos no hace llorar

Ver así a tu Redentor?

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

¡Padre mío, tú no oyes

Mis suplicantes gemidos!

Mis discípulos dormidos

Están, ***¡y tú, fiel, desoyes***

Mis quejidos, mis terrores,

Mi triste pena y dolor!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Ya repito mi oración,

Mas mi Padre no la atiende.

Entonces un Ángel desciende

Que el cáliz de la pasión

Me da y tomo… ***¡Qué aflicción***

En mí causa su licor!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Mi Corazón desfallece…,

Al suelo me caigo y postro.

¡Mira, pecador, mi rostro!

Sangre suda, sangre ofrece,

Por la angustia que padece

En obsequio de tu amor.

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

¡Huerto de Getsemaní,

Regado con Sangre mía,

Tú que viste mi agonía

Y cuanto yo padecí!

Suda y llora tú por mí,

Pues no llora el pecador.

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Si tú no lloras ni sudas

Viéndome a Mí agonizar,

Viendo a la turba asomar

Con sus espadas desnudas,

¡Si serás tú ya otro Judas,

Otro pérfido traidor!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Él con ósculo me vende,

Dándome abrazo de paz…

¡Y tú, ay, cuántos me das!

¡Ah, cuánto tu alma me ofende!

Horrorízate y comprende

De tu crimen el horror.

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Tú te irritas al mirar

Que Judas traidor me entrega…

¡Y no ves que quien se llega

Con pecado a comulgar

Me vende y vuelve a entregar!

¡No renueves mi terror!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Con furibunda bravura

Me arremeten los sayones,

Y me llenan de baldones…

Mas yo con dulce ternura

Quiero ablandar su ira dura

Con dos prodigios de amor.

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

A mi voz omnipotente

Ellos caen oprimidos:

Mas se vuelven atrevidos

Contra el Cordero inocente.

¡Pecador incontinente,

No te hielas de estupor!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

¡Ah, sí! **Helarte tú debieras;**

Pues tú eres quien me atas,

Me arrastras y me maltratas

Con mil infames maneras…

¡*Si al fin, hijo, conocieras*

Que padezco por tu amor!

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Mas *¡ay!,* ¡tú te huyes de Mí,

Cual discípulo cobarde…

Tú que hacías tanto alarde

De morir conmigo. Di:

¿Por qué tanto frenesí

Contra tu Dios Salvador?

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

Deja ya, pues, tu pecado:

¡No vuelvas más a ofenderme!

Mírame atado a inerme,

Escupido, ensangrentado,

Hasta morir enclavado

Por ti*, ¡ingrato pecador!*

Por tu sanguíneo sudor,

¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia, Señor!

℣. ***Nos redimiste Señor con tu sangre purísima.***

℟. ***Y con ella nos hiciste tu reino de delicia.***

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, ***que a tu Hijo unigénito lo constituiste Redentor del mundo, y quisiste que tu justicia divina fuese aplacada con su preciosa Sangre: te rogamos por la que sudó en el huerto, que después de haber venerado con pura devoción este precio divino de nuestra salud eterna, seamos defendidos por su virtud de los males de este mundo, y gocemos en el Cielo de sus dulcísimos frutos, por la pasión sagrada de Aquel que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos.*** **Amén.**

—Recemos una Salve a las angustias de María santísima, por la exaltación de la Santa Fe Católica, extirpación de las herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, acierto y prosperidad a nuestros Superiores civiles y eclesiásticos, tranquilidad y orden público, y

resignación en nuestros trabajos, para que seamos felices en esta vida y en la otra. Dios te salve, Reina y Madre etc.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, y la Virgen concebida sin pecado original.

En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo. ***Amén.***

DÍA SEGUNDO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *APÁRTASE JESÚS DE SUS DISCÍPULOS, Y ORA A SU PADRE.*

Al fin ya se cumplieron los deseos de la Iglesia santa, que tantos siglos antes clamaba al eterno Verbo con la Esposa de los cantares: *«Venga mi amado a su huerto».* ***¡Sí; ya está Jesús en el huerto deseado, en ese Jardín no de delicias, sino de angustias!*** **Y al ir a**

empezar su combate doloroso, Él también llama a la Iglesia, para que venga a ser testigo de las aflicciones que en ese huerto padecerá por sus hijos, diciéndole con Salomón: *«¡Hermana mía, Esposa mía, ven a mi huerto! (Cant. 5). Sí, ven tú, con tus hijos los fieles, y ved si hay dolor igual a mi dolor».* ***¡Alma mía!*** **A ti también te llama Jesucristo, y así míralo atentamente y considera lo que pasa en su espíritu, cada vez más triste y angustiado. Como si no hubiera sido bastante causa de aflicción el haber dejado a su dulcísima Madre, se aparta ahora de sus discípulos, para rogar a su Padre, ya que las criaturas ningún consuelo le dan.** ***¡Qué dolor para el Corazón de Jesús ver que sus Apóstoles queridos, a quienes Él protestó antes que los amaba tanto, como el Padre lo ama a Él, y a quienes ahora declara su profunda tristeza, no le contestan una sola palabra para consolarlo!*** **Para un Padre agonizante son de gran consuelo las tiernas palabras de sus hijos. Y vosotros, hijos queridos de Jesús,** ***¿vosotros calláis al ver agonizar a vuestro digno Maestro? ¡Que apatía! ¡Pedro!*** **Tú que en el cenáculo le acabas de jurar que morirás con Él,** ***¿por qué no lo consuelas ahora? ¡Juan!*** **Tú que eres su discípulo predilecto, tú que para consolarte te has recostado en la cena sobre su sagrado pecho,** ***¿por qué no lo abrazas? ¿Por qué no lo haces recostar sobre tu corazón, para que desahogue un momento la acerba aflicción que parte el suyo? ¡Ah!*** **Vosotros os calláis oprimidos de temor y de sueño; y al ver la triste pena de Jesús vuestros labios y vuestro amor se han helado... vuestro cuerpo se ha rendido...** *«Descansad, quedaos aquí y velad, mientras yo me retiro un poco para orar. Yo no soy el*

pródigo: pero voy a buscar a mi Padre: ibo ad Patrem». **Mira, alma mía, la desolación de Jesús al separarse de sus discípulos: mira cómo se va retirando despacio, volviéndose entristecido para mirarlos con ternura. Oye los profundos suspiros que exhala su afligido Corazón: observa la palidez y la congoja de su rostro y dile: «Jesús amado, ya que sabíais que la tribulación estaba próxima, *¿por qué no trajisteis aquí a vuestra querida Madre?* Ella os hubiera consolado. *¿Acaso ella era indigna de acompañaros?».*** *«Ay de mí, quizá la hubiera traído. Pero su presencia aquí hubiera sido para mayor tormento. Ella hubiera muerto de angustia y de dolor, al ver mi dolor y mi angustia... ¡Ah, triste Madre mía! Mañana os avisarán en donde está vuestro hijo. Entretanto voy a desahogar mi tristeza en la oración, voy a consolarme con mi Padre: ibo ad Patrem».* ***¿Y dónde va, dónde se retira Jesús, alma mía?*** **Síguelo, y verás que con la humildad más profunda se hinca, se postra sobre una dura peña como dice el Venerable Beda. El peso de su angustia lo hace caer y pegar su rostro con la tierra, como dice San Mateo. En esta postura humillante, en esa postración dolorosa, sin atreverse a levantar sus ojos al Cielo, exclama con voz turbada:** *«¡Padre mío, Padre mío! Vos sois omnipotente: si os es posible, haced pasar este cáliz de mí. Es cierto que yo salí responsable de satisfacer a vuestra justicia por los pecados de los hombres. Pero ellos son tantos y tan enormes, que su multitud y gravedad me*

oprime. El castigo que ellos merecen es tan terrible que su sola idea me espanta, hace estremecer mi cuerpo y desfallecer mi Corazón. Yo ya agonizo antes de empezar a padecer. La acerbidad de los tormentos que me aguardan, y, sobre todo, la negra ingratitud con que los hombres me corresponderán, me espanta, me acobarda, me desalienta. Y así Padre mío, si es posible, haced pasar de mí ese cáliz amargo». Oye bien esta súplica, alma mía, y oye también la conclusión de Jesús: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

AFECTOS

¡Angustiado Jesús! ¡Padre amoroso de mi alma! ¿Es posible que por mí os veáis Vos en tan triste desamparo? ¿Y es posible que siendo yo vuestro hijo, vuestro redimido, no os acompañe y no os consuele? ¡Ay de mí! Yo no solo me rindo, como los fatigados Apóstoles, sino que me duermo tranquilo en el sueño profundo de mis culpas. Viéndoos afligido, no solo me callo sin deciros una palabra de consuelo, sino que os insulto con mis crímenes, os ultrajo con mis pecados, os aumento las angustias y huyo de Vos con mis iniquidades. Siendo yo tan abominable, Vos os separáis, Vos os apartáis de mí y me abandonáis. Pero, Dios mío, no me dejéis, porque si me aparto de Vos pereceré, como dijo David. Seré como una oveja descarriada, que, si su buen Pastor no la recoge, los lobos la destrozan y devoran. Y así, Pastor mío, recogedme, no me separéis de Vos. Yo quiero volver a vuestro rebaño: quiero entrar en ese huerto donde

agonizáis por mí: quiero acompañaros en vuestra angustia y en vuestra oración, para confortar mi fe con vuestro ejemplo, para que en mis angustias le diga de corazón al Padre celestial: «Si es posible, pasad de mí este cáliz; y si no, hágase vuestra santísima voluntad». Esta gracia os pido, y la particular de esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA TERCERO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *DESPIERTA JESÚS A LOS APÓSTOLES, Y VUELVE A ORAR.*

Alma mía, **llama hoy toda la atención de tus potencias y sentidos, para considerar la desolación de Jesús, ya que nadie lo oye ni atiende. Míralo prostrado en el suelo, poniendo su cara divina donde los pecadores ponen sus pies inmundos. Él gime, y sus gemidos más tristes que los de la viuda tortolita, hacen resonar el Monte de las Olivas. Él llora, y sus lágrimas riegan el huerto de Getsemaní. Él ora con el más profundo rendimiento. Mas,** ***¡ay!*** **Su Padre no le atiende ni le responde. Los Ángeles, que en otro tiempo le sirvieron**

en el desierto, no lo asisten. Su Madre está ausente… *¿Dónde irá pues, a consolarse? ¡Ah!* Entonces sí pudo Jesús decir con más verdad que David: *«Esperé quien se contristase conmigo, y no lo hallé; quien me consolase, y no lo encontré».* Viéndose pues, desamparado del Cielo y de la tierra, se resuelve a ir a buscar a sus discípulos. Observa pues, alma fiel, cómo hecha esta resolución, empieza Jesucristo a levantar su abatido cuerpo apoyando sus manos sobre la tierra; mira su divino rostro bañado de sudor; míralo un momento, cómo estando hincado todavía toma un poco de aliento, se limpia el sudor de la cara, da un suspiro y se levanta. Mas, *¡ay!,* sus rodillas le tiemblan, adormecidas con la frialdad de la peña, su cabeza agobiada cae sobre su pecho palpitante, sus divinos ojos empañados por su llanto y su pavor. Y así trémulo y angustiado se dirige al lugar en que los ha dejado. Pero, ¡nueva pena, mayor angustia! *¡Los encuentra dormidos…! ¡Qué aflicción para el tierno Corazón de Jesús!* Este sueño le indica el poco amor de sus discípulos y la poca fidelidad a sus preceptos. Él al retirarse a orar les encargó que velasen y orasen, para librarse de la tentación, cuyo precepto debían haber cumplido tanto para observar la llegada de Judas cuanto para socorrer y consolar a su divino Maestro. Pero, alma mía, no inculpes a los Apóstoles tendidos. En su adormecimiento y en su sueño, reconoce el adormecimiento fatal de la culpa: el sueño funesto del pecado, mil veces y por muchos años te ha aletargado profundamente, sin oír la voz paternal y congojosa de Dios que te venía a despertar. *¿Cuántas veces una voz interior, una desgracia propia o la muerte funesta de tu cómplice en la maldad, han dicho a tu corazón dormido y muerto a la gracia, lo*

que San Pablo decía a los de Éfeso?: *«Despiértate, levántate tú que duermes, sal del sepulcro de la culpa y Cristo te iluminará»* **Pues ya que no has oído estas llamadas de Dios, oye ahora las reconvenciones que hace Jesús a sus discípulos y aplícalas al sopor sordo de la conciencia.** *«Pedro (clama), cómo te has dormido. Juan, Santiago, vosotros también os habéis rendido. ¿Tan cansados estáis que ni una hora habéis podido velar conmigo? ¡Ah! ¿Yo venía a consolarme de mi triste desamparo con vosotros, y vosotros os dormís? Yo no esperaba de vosotros tal abandono. Por lo que os vuelvo a suplicar que veléis y oréis, para que no entréis en tentación. Conozco que el espíritu está pronto, más la carne está enferma. Esforzaos, pues, y orad, que yo también vuelvo a la oración».* **Represéntate, alma mía, al desconsolado Señor volviendo a su soledad. Ya el Padre celestial había desoído su primera súplica, y Él vuelve a repetirla con más humilde ternura. Míralo postrado segunda vez, sin atreverse ya a levantar sus ojos al Cielo, suspirando tristemente, como un criminal que pide perdón de su delito. El horroroso temor que la cercana pasión ha infundido en su alma, es tan terrible, que no puede resolverse a morir tan cruelmente; y por eso repite:** *«Padre mío, oídme. Soy vuestro Hijo amado. Así lo habéis declarado Vos mismo en el Jordán y en el Tabor. Oíd pues, mi sumisa petición. Si es posible (y para Vos todo lo es), no me hagáis*

beber este cáliz amargo, lleno de la hiel abominable de las inmundicias de Babilonia, de las prevaricaciones de Jerusalén, de las profanaciones de Sión y de las iniquidades de toda la tierra. Sí, Padre mío, no me hagáis beber esta copa, que contiene todos los torrentes de vuestro furor y justicia. Con todo, si Vos lo queréis así, aquí me tenéis. Cúmplase vuestra voluntad, y no la mía».

AFECTOS

¡Desamparado Jesús! Vos que sois las delicias del Padre, el gozo de los Ángeles, el consuelo de los Apóstoles, la alegría del Cielo y de la tierra, ¡os veis ahora abandonado de la tierra y del Cielo, de los Apóstoles y Ángeles, y de vuestro mismo Padre! ¡Ay de mí! Vuestro desamparo penetra mi corazón y me hace conocer, ¡Dios mío!, mi abandono criminal a las pasiones, mi sueño profundo en la iniquidad. ¡Ah, Jesús amado! Despertadme de una vez, para que ore, vele, gima y llore por mis culpas. Mi oración, mi arrepentimiento y mis lágrimas serán vuestro consuelo. Sí, ¡despertadme, Señor!, y despertadme en vuestros brazos paternales; porque si no me iría a despertar en las garras de satanás. ¡Por vuestra angustia, por vuestra Sangre no permitáis a este pecador contrito una desgracia tan terrible! Humilladme, castigadme, heridme con vuestra mano ahora mientras vivo; porque prefiero despertarme a vuestro lado, aun cuando sea en las agonías del huerto, antes que verme rodeado y abismado en las llamas del Infierno. Dadme pues, vuestra gracia, para que mi alma esté siempre vigilante contra los asaltos de la

tentación. Iluminad mis ojos para que nunca me duerma en la muerte de la culpa, ni diga el enemigo que ha prevalecido contra mí. Esta es, Jesús mío, la gracia que os pido, junto con la de esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA CUARTO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *ORA JESÚS TERCERA VEZ – UN ÁNGEL LE CONFORTA.*

¡Alma amante de Jesús, no te moleste el volver a considerar la triste oración, que Él vuelve a repetir por tercera vez! **Sí; no te salgas del huerto, no te duermas, ponte al lado del Salvador, sino para consolarlo, a lo menos para aprender a orar. Considera pues, cómo Jesús, a pesar de la inexplicable aflicción que causaría en su alma el silencio y la no contestación de su Padre celestial a su súplica por dos veces repetida tan sumisamente, vuelve con mayor sumisión a implorar su clemencia y a sujetarse de nuevo a su voluntad soberana.** ***¡Míralo no solo postrado como antes, sino enteramente tendido en el suelo, su***

santísimo rostro cosido con la tierra, su pecho hundido en ella, sus brazos extendidos en cruz, como si fuese el más abyecto de los suplicantes! **Ah,** ***¿quién no se conmoviera al ver al Creador y Conservador del Cielo y de la tierra en tan abatida postración?*** **Aprende, pecador, aprende a humillarte en la presencia de Dios, y oye atento la sumisión de su súplica:** *«¡Padre mío, Dios mío! Vos que antes de crear la luz me engendrásteis entre los resplandores de los Santos, vedme ahora el más humillado, el más anonadado de los mortales. Miradme en vuestro acatamiento, para saber vuestra voluntad, para saber vuestra última resolución, mi vida o mi muerte. ¿No os basta, Padre mío, el que yo haya nacido en un establo siendo yo envuelto en pañales, reclinado en un pesebre? ¿Si lágrimas queréis? Lloré cuando niño y después sobre la ingrata Jerusalén. ¿Si Sangre? La derramé circuncidado. ¿Si trabajos? Pobre nací y he vivido entre trabajos desde mi niñez. ¿Si persecución? Sufrí con mi Madre la de Herodes. ¿Si fatigas? Fatigado me senté sobre el pozo de Jacob, buscando a una pecadora, y con fatigas busqué siempre las ovejas descarriadas. ¿Si tristeza? ¡Ay Padre mío, ya casi no puedo hablar! Nadie ha estado jamás más triste que yo. Mi alma se anega en un mar de tristeza... ¡Voy a expirar de pura angustia! Y así, si es posible, aliviad mi dolor: haced pasar de mí ese cáliz. Mas también conozco la*

multitud innumerable de pecados con que los hombres han ofendido y ofenderán a tu majestad, y la obligación que yo contraje de satisfacer por ellos a tu divina justicia. Y así hágase, Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía. Declarádmela pues, que la cumpliré fielmente, aun cuando me cueste la vida. Fiat volúntas tua!». ***¡Oh combate terrible el de Jesús!*** ***El temor lo abate, el amor lo alienta; la pasión lo asusta, la redención lo anima; la cruz le infunde pavor, la obediencia le da valor y se decide:*** *«¡hágase tu voluntad!».* ***Mas yo observo que a pesar de tan humilde sumisión, el Padre no le responde.*** ***¿Y yo presumido y soberbio, quiero que Dios me conceda al instante lo que le pido altanero, sin ser digno de su gracia, antes sí, siendo digno de sus castigos? ¡Qué atrevimiento, qué orgullo!*** ***El Santo de los santos pide, suplica, se humilla, no se le responde y se resigna al más atroz de los suplicios; y yo delincuente, rebelde, sin méritos y lleno de abominación… ¿yo me quejo de Dios cuando no me oye, y tal vez blasfemo de su providencia, cuando me manda algún trabajo? ¡Ah, cuán mal imito la humilde resignación de mi angustiado Salvador!*** ***Mi soberbia le aumenta su angustia. Queriendo el Padre celestial que se cumpliese el eterno decreto, no le responde a su Hijo suplicante, y le manda un Ángel que lo conforte. Considera cómo ese Ángel toma al Señor de la mano con el más profundo respeto, lo levanta, le enjuga su sudor y le dice:*** *«¡Verbo increado, hijo divino de María! Yo soy uno de los que en tu nacimiento cantamos "¡Gloria a Dios en los cielos, y en la*

tierra paz a los hombres de buena voluntad!". Más los hombres no tendrán paz en la tierra ni gloria en el Cielo, si tú no consumas la Redención. Anímate pues, no desmayes: bebe con valor este cáliz amargo, bébelo hasta sus heces. Si lo rehúsas, mira qué ignominia para ti, qué desgracia para el género humano. Y si lo bebes, ¡ah!, qué gloria para ti, qué felicidad para los Ángeles y los hombres. Acéptalo pues: los Patriarcas y Profetas lo esperan, los justos lo desean, los pecadores te lo ruegan, los Ángeles te lo suplican y el Padre Eterno te lo manda». «Embajador celestial, lo acepto, me resigno. Voy a morir y a consumar mi sacrificio».

AFECTOS

Bendito seáis, Príncipe de las eternidades. Sí, seáis bendito, ya que por mí habéis aceptado el cáliz de la pasión. ¿Qué sacrificio tan grande es el vuestro? ¿Cómo os lo pagará mi amor? Mas, ¡ay de mí!, yo soy quien lejos de agradeceros tanta fineza, lejos de dulcificaros con mi gratitud las amarguras de este cáliz desolador, yo las aumento, yo las acibaro más con mis iniquidades. En vez de disminuir vuestras angustias, ayudándoos a beber la copiosa dosis de dolor que contiene la copa del Ángel, le añado más acíbar y más ponzoña, haciendo refluir en ella los derrames impuros de la copa inicua de la nefanda Babilonia. Sí, Dios mío, yo me embriago no sólo en el licor, que obscurece mi razón y me arrastra a mil pecados; sino

también con el furor de la ira, de la lujuria, de la venganza, de la impiedad y con el frenesí de todas las pasiones. Y el producto de mis vergonzosos excesos, esto es lo que yo os hago beber; esto es lo que os preciso a tomar, en pago de vuestra angustia. Pero, basta, Padre mío, basta de embriaguez. Perdonad mi delirio. Mis labios no se mancharán más con el pecado. Concededme, Señor, esta gracia y la resignación necesaria a las disposiciones de vuestra voluntad soberana, para el consuelo de mis trabajos, y el logro de lo que os pido en esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA QUINTO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *JESUCRISTO SUDA SANGRE.*

Ya has visto, *alma mía,* la profunda tristeza de Jesús, su repetida y desolada oración, su soledad congojosa, su humilde sumisión a la voluntad divina y la aceptación voluntaria del amargo cáliz. Mas ahora te resta ver lo más terrible, lo más angustioso y desolante del afligido Corazón de Jesucristo. No presumas, alma mía, que el Ángel consolase al Señor. Lo confortó, lo alentó para que se resolviese al

sacrificio; mas no le quitó el gran temor que le infundía la idea de la muerte y de todo lo demás que afligía su alma. Por esto dice San Lucas que la aparición del Ángel hizo poner a Jesús en mayor agonía, la cual fue tan íntima, tan penetrante que empezó a sudar copiosamente gotas de sangre que corrían y se empapaban en la tierra. Pregúntate pues, alma fiel, *¿cuál es la causa de este sanguíneo sudor, que arroja por sus poros el sacrosanto cuerpo del Redentor?* Antes Él ha sudado, ha llorado, se ha angustiado, y ahora arroja Sangre y riega con ella la tierra... *¿Qué es esto, alma mía? ¡Ah! ¿Qué ha de ser?* La aglomeración, el peso inmenso de tus culpas y de todo el mundo sobre el angustiado Corazón de Jesucristo... Sí, pecador; considéralo bien, y verás que no es tanto la aproximación de la muerte, ni la viva representación de todos sus tormentos lo que hace transpirar sangre viva de su cuerpo, cuanto el perfecto conocimiento de todas las iniquidades de los hombres. Entonces se le representaron clara y distintamente, particular e individualmente todos los fratricidios, desde Abel hasta el fin del mundo; todas las violaciones, desde Dina hasta el fin de los siglos; todos los adulterios, desde David hasta el juicio; todas las abominaciones de los pueblos y ciudades, desde Sodoma y Gomorra hasta Babilonia; todos los sacrilegios, desde Filipo que tomó a Sión hasta el último día; todos los hurtos, desde Acán hasta el último ladrón; en una palabra, todos las infamias, injusticias y ofensas hechas a Dios y al prójimo, todo se le representó. También conoció Jesús la multitud de infieles e impíos que no se aprovecharían de su pasión; los cristianos débiles que lo habían de abandonar como los discípulos, y negar como San Pedro; las infidelidades sacrílegas de tantos Católicos, Sacerdotes y Esposas suyas, que como

Judas, lo recibirán en su pecho al lado del demonio, y quizá lo entregarán a sus enemigos, como este discípulo traidor. Además, se le representaron claramente los suplicios de los Mártires, los trabajos de los Confesores, las tramas y conspiraciones de los impíos, las terribles persecuciones a la Iglesia, la triste aflicción y soledad en que quedaría su santísima Madre, y sobre todo la asombrosa multitud de réprobos que se condenarían por el abuso de su misericordia. Considera ahora si todo esto junto, y mucho más que nosotros no podemos comprender, era suficiente para infundir pavor y aflicción, angustia y espanto hasta en un corazón de piedra *¿cuánto más en el tiernísimo y ya demasiadamente angustiado Corazón de Jesús?* Mira pues, cómo primero el cuerpo de nuestro Señor queda pálido y frío, porque la Sangre se retira al corazón, apenas anhelante de angustia y casi sofocado por el peso de tan tristes representaciones. *¡Ah! ¡Míralo bien!* Su palidez mortal, su respiración cortada, sus eclipsados ojos te harán temer que la vehemencia de tanta agonía ya lo ha hecho expirar. *¡Oh exceso de dolor!* Mas no temas: su divino amor lo reanima al instante y obra en su Corazón un prodigio de valor. Ese esfuerzo divino hace que la Sangre, que antes se había concentrado al Corazón para corroborarlo, retroceda y vuelva a las partes exteriores del cuerpo con tal ímpetu, que, abriéndose paso por todos los poros, salió y se derramó por los conductos de los ojos, del rostro, del pecho, de las manos, de los pies, del cuello, de la espalda, de todo el cuerpo. Así es como Jesús sangre suda, sangre derrama, en sangre está bañado su cuerpo, en sangre está empapada su túnica, en su sangre está regada la tierra… *¿Y este sudor sanguíneo, este derramamiento de la Sangre de tu*

Dios, no te hace derramar a ti lágrimas de sangre? ¡Ah pecador! ¡Ah corazón mío, cuán duro eres, cuán cruel! Mas no permanezcas en tu dureza: póstrate, y con lágrimas de dolor dile a Jesús con todo tu corazón.

AFECTOS

¡Ensangrentado Padre mío! Ahora conozco que Vos sois por mi amor un Varón de dolores, de angustias y de sangre. Pues la copia con que la derramáis no es más que la anticipación de mi rescate. Mas, no, Dios mío, no la derraméis toda en la agonía de Getsemaní: no la sudéis toda sobre la tierra. Haced, ¡Señor! que siquiera una gotita caiga sobre mi alma. Sí, agonizante Jesús, lavadme, bañadme, purificadme con una sola gota de vuestra Sangre purísima. Bien conozco, Padre mío, que no lo merezco, porque yo os he causado esta angustia sangrienta, y porque, ¡ay de mí!, (el pecho se me rompe; pero os lo confesaré, Señor) porque con mis sacrilegios he profanado, he derramado, he pisado esa Sangre preciosa, ese precio divino de mi Redención. Angustiado Jesús, perdónadme; perdonadme tanta maldad. Ya que hasta ahora tanto he sudado para el demonio tentador, para complacer a esa carne impura; haced que solo sude y agonice por vuestro amor. Y haced que en mis agonías vuestro sudor y vuestra Sangre sean mi refrigerio, mi consuelo, mi dicha: que en este mundo vuestra Sangre sea mi sustento, que en el Purgatorio vuestra Sangre sea mi felicidad eterna. Esta gracia os pido, y la particular de esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA SEXTO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *VUELVE JESÚS A SUS DISCÍPULOS – LLEGADA DE JUDAS.*

Considera, alma devota, **cómo después del copioso sudor de sangre se sintió Jesús alentado para levantarse; no porque hubiese cesado en su alma la triste angustia que no lo dejó hasta su muerte: usque ad mortem: sino porque el amor que nos tenía a nosotros y la obediencia a su eterno Padre le infundieron valor para ir a recibir la muerte. Míralo pues como lo miraba San Buenaventura, mira cómo Jesús se levanta de la oración todo bañado en su Sangre, y cogiendo una esquina de su manto se limpia el rostro con ella, pues su pobreza era tal que ni siquiera un pañuelo tenía. Llégate y ofrécele uno, aunque sea hecho de una tela de tu corazón; pero que no esté manchado, sino limpio con la gracia; pues si está sucio con la culpa, aumentarás más su angustia. Observa la mansedumbre con que se llega a sus discípulos. Él los encuentra dormidos, como antes; y lejos de increparles su poca vigilancia en una noche de tanto peligro, les dice con la mayor ternura:** *«Ahora sí, queridos míos, dormid y descansad tranquilamente un momento, pues ya se aproximó la hora en que el Hijo del hombre será*

entregado en manos de los pecadores». **Como si les dijera:** *«Yo velaré hasta que lleguen mis enemigos: entre tanto descansad vosotros un rato; cuando se aproximen, yo os despertaré».* **Al ver esta benignidad del Señor y el silencio de los Apóstoles, que nada le contestaron, dile tú, alma mía, dile siquiera por su triste desamparo:** ***«¡Jesús mío! Vos estáis sumamente abatido, Vos habéis batallado con la tristeza y el pavor más acerbo, Vos os habéis desangrado; y por lo mismo a Vos os toca descansar, para rehaceros y para que entréis con valor en el combate de la pasión, que ya está cerca. Entretanto yo velaré, y os avisaré cuando vuestros enemigos se acerquen a ese huerto».*** **El Señor aceptaría tu oferta, si el sordo ruido de las armas, la funesta luz de las linternas y hasta el siniestro chichisbeo de la turba, no le indicase que sus enemigos han salido ya de Jerusalén y se acercan a Getsemaní.** ***¡Ay!*** **Cierto es; ya están asomando... Ya están ahí, tras de la cerca hablando en secreto y conviniendo el modo de prenderlo. Mira al discípulo traidor, mira al malvado Judas cómo les da la contraseña del beso y del abrazo, para que no se equivoquen y prendan por Él a San Juan, que tanto se le parece.** ***¡Pero detente, hombre infernal! ¡Vuélvete, alma sacrílega!... ¿Tienes valor para entregar a tu Maestro y a tu Dios? ¿Tu corazón no se hiela de espanto al ir a cometer una traición tan infame, un atentado tan horrendo? ¡Ah, no pases más adelante!*** **Siquiera por la humildad con que en el cenáculo te ha lavado y besado los pies; por el amor con que te ha comulgado su Cuerpo y Sangre preciosa, por el amor que aun ahora te tiene y con qué te está mirando, detente, vuélvete... Mas la obstinación de Judas es igual a la del demonio, que**

estaba en su corazón, como dice San Juan. Y en vez de detenerse, se entra al huerto silenciosamente, para observar si el Señor está en el mismo lugar de la oración, en que él lo había visto orar otras veces. Se va acercando con pasos taimados, cual lobo astuto que quiere asaltar a un cordero inocente. Ya lo ha visto; lo reconoce y se vuelve cautelosamente a prevenir a sus cómplices. Mas, no creas, alma mía, que Jesucristo esté durmiendo, no: Él está orando y velando, y ha visto muy bien la entrada y la salida de Judas, así como ve todos tus pasos y extravíos, aunque sean de noche, y hasta tus más ocultos pensamientos. Considera ahora cuánto afligiría el Corazón de Jesucristo el ver a un discípulo suyo hecho el capitán de sus asesinos. *¡Oh avaricia! ¿Qué no has de hacer, cuando haces apostatar a un Apóstol, cuando de un hombre que obraba prodigios y lanzaba los demonios de los cuerpos, lo haces peor que el mismo demonio? ¡Ah!* El Señor se estremecería al observarlo, porque este extravío nefando le representaba los sacrilegios de tantos cristianos, las apostasías de tantos ministros suyos, las infidelidades de tantas almas a quienes él favorecía como a sus queridas esposas. *Reconoce pues, si tú eres una de estas almas traidoras, y dile compungida al afligido Señor.*

AFECTOS

¡Amado Maestro mío! ¡Dulce Esposo de mi corazón! Yo me reconozco y confieso traidor, porque yo he vendido vuestra gracia, yo he entregado vuestro

cuerpo. ¡Sí, Dios mío!, yo soy peor que Judas, pues os he vendido a mi vergüenza, comulgando con mala confesión: os he entregado a mis pasiones, recibiéndoos con hipocresía: os he colocado en mi corazón inmundo al lado de satanás: os he entregado a la befa y escarnio de vuestros enemigos, alejándome de Vos y burlándome de los justos que os recibían con fervor. He vendido también vuestra gracia a mis pasiones, a los halagos del mundo, a las seducciones de Lucifer. Más de mil veces he sido perjuro, pues más de mil veces he quebrantado en ofensa vuestra no sólo los juramentos del santo bautismo, sino también las repetidas promesas hechas en el santo tribunal de la penitencia. Por lo mismo necesito, Señor, que me miréis con más caridad y amor que al discípulo alevoso; para que no vuelva jamás a repetir traiciones tan viles contra vuestra Majestad. Dadme pues, vuestra gracia, para que siempre os sea fiel a Vos, y perdone generoso las alevosías que me hicieren mis prójimos. Esta caridad os pido por vuestro amor, junto con la gracia de esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA SÉPTIMO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *RECIBE JESÚS A JUDAS – SU ÓSCULO Y TRAICIÓN.*

¡Alma amante de Jesús! **Hoy debes considerar el más generoso amor del divino Maestro y la más inicua traición del discípulo sacrílego. Mira pues cómo Jesucristo después de la tristeza de su alma, hasta la muerte; de su prolija oración hasta la agonía, de su extremada angustia hasta sudar sangre, parece que va a desfallecer; pues no solo se ve desamparado de su celestial Padre, sino vendido por su malvado discípulo. Y esto es lo que traspasa más cruelmente su Corazón.** ***¡Ah! ¿Con qué pena se levantaría Jesús, para avisar a sus dormidos Apóstoles la llegada del traidor?*** **Yo me lo represento caminando fatigado y volviendo a cada paso su vista amorosa hacia el paraje por donde asoma la turba; no por miedo que le tenga, sino por compasión a su desventurado conductor. Al fin, es su discípulo, lo ha querido, y aun lo ama. Mas viendo que se van acercando para consumar su horrendo atentado, despierta a Pedro, a Juan y Santiago, diciéndoles:** *«Basta, súfficit (es suficiente). Sí, queridos míos, basta ya de dormir. Ya ha llegado la hora fatal. Abrid vuestros ojos, y mirad que el Hijo de Dios va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos pues, vamos a morir. Ved aquí al traidor: ya está en este huerto el que me viene a entregar»* ***(Lucas 14).*** **Levantaos, súrgite (levantarse). A este aviso tan urgente se levantaron los Apóstoles atónitos y despavoridos, más el Señor**

no se asusta. Al ver la cohorte impía, mandada por los pontífices y fariseos, capitaneada por el infame Iscariote, al ver relucir las armas con la siniestra luz de las hachas y linternas, Jesucristo se para, Judas se le acerca, y como si el Señor no penetrara sus pensamientos, le dice con la más alevosa hipocresía: *«Dios te salve, Maestro mío»,* y para colmo de iniquidad tiene la osadía de aproximársele más, lo abraza, lo estrecha contra su corazón, y con sus labios sacrílegos le da un ósculo inicuo en su rostro sacrosanto. *¡Ah traidor! ¿Cómo no te traga la tierra? ¿Cómo no se abre el Infierno a tus plantas? ¿Vienes a entregar a tu Maestro divino, y le dices que Dios lo salve? ¡Qué perfidia! ¡Alma de Lucifer, yo me horrorizo al ver que con una señal de paz y de amor, con un abrazo y un ósculo cometes el crimen más atroz!* Sí, mi alma se horroriza de tu maldad, y al mismo tiempo me asombro de ver la infinita mansedumbre de Jesús. *¡Ah!* Él ve el depravado ánimo de Judas, conoce su negra traición, prevé sus dolorosos resultados, y sin embargo lo abraza tiernamente, le hace sentir en su pecho endurecido los amorosos latidos de su Corazón sagrado, estampa sus labios purísimos y pega su rostro divino con la cara del traidor. *¡Qué dignación! ¡Qué humildad! ¡Qué amor!* Y como si estas sinceras demostraciones de caridad no fueran suficientes para manifestarle la infinita misericordia con que lo mira, y la entrañable ternura con que aún lo ama, le pregunta dulcemente: *«Amigo mío, discípulo querido, ¿qué quieres de mí? ¿A qué has venido?».* Mas *¡ay!,* estas dulces palabras, capaces de ablandar un mármol, no penetraron aquel obstinado corazón poseído del demonio: por eso nada contestó. Mira cómo Jesús, viendo su silencio y deseando todavía

salvarlo, le vuelve a preguntar *«¿Judas, tienes valor para entregar con un ósculo al Hijo de Dios?»* **Esto le dijo Jesucristo no tanto para reconvenirlo, cuanto para hacerle comprender toda la grandeza de su crimen y para indicarle las ansias con que deseaba su arrepentimiento y su salvación. Pero la obstinación de Judas era aún más grande que su traición; por eso en vez de responderle al Señor le dio la espalda, y se volvió a sus cómplices criminales, para instigarles a consumar su sacrilegio infernal. Parece que los verdugos no se atrevían a cometer una acción tan impía por respeto al Dios de la santidad: más Judas les insta, porque la presencia y las tiernas miradas de su Maestro agitan en su conciencia los remordimientos de su gran pecado, que en vez de serle saludables producen en su alma la ira, la rabia y la desesperación. Por eso se agita para que lo prendan y maten cuanto antes. Esto es el odio del pecador cuando se rebela contra Dios.** ***Mas Dios lo sufre con paciencia, lo llama con amor, lo recibe con misericordia.***

AFECTOS

¡Mansísimo Jesús! ***¡Dulcísimo Maestro y Padre caritativo de mi alma!*** ***Al veros abrazado de vuestro discípulo traidor, correspondiendo con ternura al ósculo que él os dio, conozco vuestra generosidad divina, vuestra humildad profunda y vuestra caridad sin par: aquí en esa humillación Vos me hacéis conocer mi altivez, mi orgullo, mi ira y mi venganza; esas pasiones viles que Vos reprobáis, y que yo***

disfrazo bajo el velo del honor vulnerado, de la honra perdida, del celo ultrajado y hasta de la religión zaherida: sin conocer que estas son cavilaciones de mi amor propio para no perdonar al que me ha ofendido, para vengarme mejor de mis enemigos: Sí, ¡Dios mío!, la venganza, esa pasión diabólica es la que domina mi soberbio corazón. Mas viéndoos a Vos abrazando y perdonando a vuestro enemigo mortal, yo también perdono a mis enemigos con todo mi corazón. ¡Ah Señor! Vos me perdonáis a mí, más traidor que Judas, las ofensas, los ultrajes, las traiciones con que todos los días hiero a vuestra Majestad soberana ¿y no perdonaré a un hermano mío, a un hijo vuestro, que me ha agraviado, y por cuyo perdón Vos mismo me suplicáis? No, ¡Jesús mío! ¡No más venganza, no más rencor! Por vuestro amor perdono de corazón a mis enemigos, perdono a cuantos me han agraviado, para que Vos me perdonéis. Concededme pues esa gracia caritativa, y la particular que deseo en esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA OCTAVO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *JESÚS SE PRESENTA A LOS SOLDADOS Y LOS POSTRA.*

En la meditación pasada nos ha dado Jesucristo un ejemplo asombroso de su caridad y mansedumbre, abrazando a Judas y llamándolo su amigo: ahora veremos su valor, su misericordia y su omnipotencia. Míralo pues, *alma mía,* y aprende lo que Él te enseña. Sí, mira cómo al ver que aquellos hombres inicuos aguijoneados por Iscariote se le iban acercando furibundos, como lobos rabiosos que van a devorar un manso cordero, y sabiendo (como dice San Juan) todas las cosas que habían de venir sobre Él, lejos de asustarse ni confundirse, reanima su Corazón y sale a recibirlos. Mira la entereza con que se para a su frente y les pregunta: *«¿A quién buscáis?».* Ellos respondieron: *«A Jesús Nazareno».* Considera, cristiano, la ceguedad de aquellos hombres. Ellos lo habían visto mil veces en Jerusalén, habían oído su doctrina, habían presenciado sus milagros; además el ósculo de Judas era la contraseña inequívoca: por lo mismo no podían desconocerlo. Y en vez de contestarle que buscaban a Jesús nazareno, debían haberle dicho: *«A ti buscamos».* Mas ellos no lo conocieron, porque el Señor los cegó para hacerles conocer que Él era aquel mismo Dios que hirió con la ceguera a los nefandos Sodomitas, que iban a violar la casa de Lot y a los Ángeles purísimos; el mismo que confundió con la ceguera a los enemigos del pueblo de Israel; el mismo que había probado su divinidad dando vista a tantos ciegos, se la quitaba ahora a ellos, para que no cometiesen una iniquidad tan grande, como era la de poner las manos en su mismo

Dios y llevarlo al suplicio. Jesucristo sabía que había de morir: no lo rehusaba. Pero deseaba el bien y deseaba la salvación de sus enemigos. Mas, *¡ay!* Este milagro no los hace desistir de su impía empresa: por eso gritan que buscan a Jesús nazareno. Oye ahora, alma mía, la dulzura con que Jesucristo les dice: *«Yo soy: Ego sum».* **Como si les dijera:** *«Yo soy ese cordero inocente, cuya sangre deseáis derramar. Yo soy ese justo a quien deseáis arrancar de la tierra de los vivientes. Yo soy el enviado del Padre para la redención de los hombres. Yo aquel a quien Él ha constituido Juez de vivos y muertos. Yo soy el que soy, Dios omnipotente y eterno, Dios criador de cielos y tierra, Dios premiador de los justos y castigador de los perversos. Sí: Yo soy todo esto y mucho más. Ego sum».* **Pondera aquí la fuerza de la palabra divina; pues apenas pronuncia Jesús** *«yo soy»,* **cuando los impíos en vez de lanzarse sobre Él para prenderlo, caen hacia atrás, como heridos de un rayo, y allí estarían caídos todavía si Jesús no les diera permiso para levantarse. Mas, *¡oh ceguedad del pecador obstinado!* Esta caída que debía hacerles abrir los ojos del cuerpo y del alma, causándoles un saludable arrepentimiento, los hace más feroces y más impíos. Pues lejos de aprovecharse del beneficio de Jesús, que les permite levantarse, insisten más obstinados en prenderlo. Asombra el ver en ellos tanta malicia y tanta mansedumbre en Jesús. Él les vuelve a preguntar que a quien buscan, no porque lo ignora, sino porque quiere hacerles conocer su sacrílego atentado. Ellos le contestan con más rabia: *«A Jesús***

Nazareno». *«Ya os he dicho* ***(les contesta el Salvador),*** *ya os he dicho que Yo soy. Si a mí me buscáis, aquí me tenéis, pero dejad ir libres a mis discípulos, para que se cumpla el oráculo de no perder a ninguno de los que me ha dado mi Padre»*. ***¡Oh amor, oh celo de mi Dios por sus hijos!*** **Mira, alma mía, el cuidado que Jesús tiene de ti y de tu salvación, aun en su más grande peligro. Él se entrega voluntariamente en manos de sus enemigos, porque tú quedes salva: Él va a morir, para que tú vivas. Agradece tanta fineza, ámalo, sírvelo, sacrifícate y entrégate por Él, ya que Él por ti se entrega y sacrifica. No, no te unas jamás a esa turba de impíos que va a prenderlo.** ***¡Desgraciada de ti si te alistas a la compañía de Judas!*** **Porque, come dice San Agustín y San León Papa,** ***«el que echó por el suelo con su sola palabra a los que fueron a prenderlo en el huerto, cuando Él mismo se entregaba tan humildemente, ¿qué hará de sus enemigos, dónde los arrojará, cuando venga a juzgarnos como Juez omnipotente? ¡Ah! Ellos, ellos perecerán sin remedio».*** ***Considera esto bien, alma mía, y dile con humildad al Señor.***

AFECTOS

¡Soberano Salvador mío! ***¡Víctima divina de mis expiaciones!*** ***Perdonadme, tened misericordia de mí. Sí, tenedla; porque yo también he sido, y aún soy uno de vuestros enemigos.*** ***¡Ay de mí!*** ***Cuántas veces yo también os he buscado, no para amaros, sino para***

ultrajaros y renovaros vuestros tormentos. Ahora conozco, Padre mío, que cuando yo buscaba ansioso el objeto maldito de mis culpas, el ídolo de mis criminales extravíos, Vos me hacíais sentir en mi corazón vuestra voz paternal. Los remordimientos de mi conciencia eran los ecos amorosos de aquella voz del huerto: *«Yo soy».* ***Sí:*** *«Yo soy»,* ***me gritabais en mi interior,*** *«Yo soy ese Dios a quien vas a ofender con tus iniquidades; detente pues, detente, hijo mío».* ***Mas yo, atrevido y obstinado, ciego y enfurecido, he querido satisfacer mis pasiones, asesinándoos a Vos y a mi pobre alma. ¡Ay Jesús mío, perdonadme tanta obstinación! Ahora veo que las enfermedades, las persecuciones y las infamias son postraciones con que Vos queréis abrir mis ojos, curar mi orgullo; hacerme vuestro hijo. Sí, lo conozco; y lejos de murmurar de vuestra Providencia cuando me vea caído, perseguido y postrado, adoraré humilde vuestra mano soberana; para que me deis resignación y me ayudéis a levantarme. Concededme esta gracia, y la particular de esta novena.***

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.

DÍA NOVENO

Por la señal...

Acto de contrición y Oración para todos los días.

MEDITACIÓN: *PRENDIMIENTO DE JESÚS Y SUS CIRCUNSTANCIAS.*

Cuando San Pablo animaba a los primeros fieles a sufrir con resignación los trabajos de esta vida y las persecuciones por la fe de Jesucristo, los exhortaba con estas palabras: *«Deponiendo el peso de vuestros pecados, corred por la paciencia al combate que el mundo os presenta; mirando, para confortaros, en el Autor y consumador de la fe, Jesús, que, despreciando la confusión humillante de su pasión, sufrió valerosamente los tormentos de la cruz. Por eso está ahora sentado a la diestra de Dios. Pensad pues y meditad lo que sufrió el Señor por los pecadores, qué contradicción tan terrible padeció en si mismo. Sí, meditadlo, y no desfalleceréis de ánimo cuando os veáis en angustias por Él. Porque si bien lo miráis, vosotros todavía no habéis resistido ni peleado contra el pecado, hasta derramar vuestra sangre... Y sabed que Dios castiga al que ama, y azota a los hijos que recibe en su amor».* **(Hebreos 12).** ***¡Alma mía, estas palabras son para ti!*** **Sí, ellas deben penetrar hasta lo íntimo de tu corazón, para que conozcas lo poco que tú has padecido por Dios y lo mucho que Dios ha padecido por ti. Viendo sus terribles tormentos, tú tendrás más resignación en**

los tuyos. Entra pues en Getsemaní, ponte al lado de Jesús, y no huyas de miedo como los discípulos. Mira cómo aquella turba de malvados tan luego como oyó que el Señor se declaraba y entregaba a Sí mismo, se lanzaron sobre Él para prenderlo. ***¡Ah!, ¿y no habrá quien lo defienda?*** **Sí hay. Pedro, a pesar de su temor, al ver que ya se adelantaban contra su Maestro, saca una espada; los arremete valerosamente y hiere al criado del príncipe de los Sacerdotes. Mas,** ***¡oh mansedumbre infinita de Jesús! ¡Oh benignidad incomprensible!*** **Él cura y restituye la oreja cortada al criado atrevido que iba a prenderle, y reprende a Pedro que lo quería defender.** *«Vuelve, le dice, vuelve la espada a su lugar: todos los que hieren con espada, a filo de espada perecerán. Si yo quisiera defenderme, no necesitaba de tu brazo. ¿No sabes que, si yo rogase a mi Padre, me mandaría ahora mismo más de doce legiones de Ángeles? ¿No quieres que las Escrituras se cumplan en Mí? ¿No sabes que mi muerte es necesaria para salvar al mundo? Desde la eternidad me ofrecí víctima voluntaria de la redención: ahora mismo acabo de aceptar el cáliz que mi Padre me ha enviado, ¿y tú no quieres que lo beba? No, Pedro: tu celo no es laudable: envaina tu espada y déjame ir a morir...».* **Asómbrate aquí, alma mía, tú que huyes el padecer algo por Dios, asómbrate de ver el ansia que Él tenía de morir por tu rescate. Él no quiere que sus Apóstoles ni sus Ángeles lo defiendan de sus enemigos. Solo sí, parece que extraña el aparato**

ruidoso con que lo vienen a prender: por eso le dice *«¿Por qué habéis venido a prenderme con espadas y lanzas, con linternas y hachas, con palos y tantas armas, como a un ladrón malhechor? Todos los días me habéis visto en medio de vosotros, enseñando en el templo con la mayor pacifiques, y no me tomasteis; mas ahora, bien lo podéis hacer, porque esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas».* **Apenas Jesús les dio licencia con estas palabras, se arrojaron furiosos sobre su divina majestad, como perros rabiosos que quisiesen devorarlo. Mira con qué ira tan infernal arremeten al Señor: con furia indecible unos lo cogen por los cabellos, otros por la túnica, estos por las manos y brazos, aquellos por el cuello, los de atrás lo oprimen por las espaldas, los de delante lo sofocan por el pecho, los de cerca hieren su santísimo rostro con crueles bofetadas, los distantes maltratan su cuerpo con las astas de las lanzas, éste le escupe, aquel le ultraja, y cargando todos de tropel sobre su divina majestad lo tiran al suelo, lo pisan, lo hieren con golpes cruelísimos, tirando cada uno a partirle los huesos, a sumirle las costillas, a destrozar su cuerpo: de manera que de mil y cien soldados (que componían la cohorte) ninguno quedó que no lo hiriese o injuriase... *¡Ah!* No de balde los Profetas al vaticinar ese pasaje aflictivo, compararon la furia rabiosa de esos ministros de satanás a la furia del unicornio, a la bravura de los toros acosados, a la rabia de los perros, a la fiereza de los leones, a la voracidad de los tigres, a la rapacidad de los lobos. Sí: tal fue la ferocidad de aquellos corazones luciferinos, que, para explicarla, los comparó el Espíritu Santo a**

los monstruos más atroces, a las fieras más crueles… Y tú, *alma mía*, *¿qué dices al ver tanta iniquidad? ¿No te horrorizas al ver que unos hombres tan impíos maltratan tan cruelmente a tu Dios, y al ver a ese Dios tan ultrajado, tan abatido, tan humillado que ni siquiera abre su boca para quejarse? ¡Qué paciencia tan grande en Jesús, y qué ultraje tan sacrílego en sus enemigos!* Mas no te indignes contra ellos, cristiano; indígnate contra ti mismo, porque tus pecados son los que han prendido y maltratado a Jesús. Claro te lo dice con tristes lamentos el profeta Jeremias: *«Christus Dóminus captus est in peccátis nostris». "Cristo el Señor fue atrapado en nuestros pecados".* (Trenos 4, 20). Sí; no lo dudes, pecador. El mismo Jesucristo se lo declaró así a sus Apóstoles cuando les dijo: *el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores.* Reconoce pues, alma mía, que tus pecados son los verdugos de tu Redentor. Ellos son los que no satisfechos de haber desahogado su rabia brutal con un ultraje tan cruel, le atan fuertemente sus manos por atrás con una soga dura, con otra cuerda lo amarran de la cintura; con una cadena oprimen sus brazos y con otra le aprietan su cuello, sofocando su respiración. Este amarramiento lo hacen, teniéndolo al Señor en el suelo tendido boca abajo, oprimiéndolo con sus rodillas y sus pies, para que no se les escapara. Mira cómo después de haberlo atado tan cruelmente que reventó la sangre por las muñecas, lo tiran con violencia, lo arrastran con crueldad, dándole de palos y empellones como al más facineroso criminal. Así lo sacan del huerto para llevarle al suplicio. Entonces sus discípulos huyen despavoridos, y el Señor queda solo, como un manso cordero, hecho presa de lobos

infernales... Y tú, *alma mía, ¿qué haces viendo esto? ¿No se te rompe el corazón? ¿O quieres aumentar más todavía los ultrajes de Jesús?* Entonces sigue pecando, sigue con tus iniquidades: y si no estás satisfecha, únete a esos forajidos, agarra una soga de esas, tira una de sus cadenas, arrástralo, písalo, descarga sobre él golpes impíos, dale de bofetadas, derrama su sangre, insúltalo, blasfémalo y mátalo de una vez. *¿Tendrás valor para hacer todo esto con tu Dios y Redentor? ¡Ah no, alma cristiana!,* no seas tan cruel. Deja que los sayones lo arrastren solos del huerto a casa de Anás: no vayas con ellos; no huyas tampoco con los discípulos: *quédate en Getsemaní, póstrate a los pies de tu ultrajado Señor y dile con todo tu corazón.*

AFECTOS

*¡Amante Padre mío, **vilipendiado, ultrajado, atado, herido, abofeteado y arrastrado por mi amor!** Luz de mis ojos, eclipsada; vida de mi alma, agonizante; consuelo de mi corazón, pisado y saciado de oprobios, aquí me tenéis, no para prenderos, **¡no, Dios mío!,** sino para pediros perdón, y si posible es, para consolaros. Sí; consolaros quiero, angustiado Señor, ya que tantas veces os he renovado los dolores y malos tratamientos del huerto. Pues yo, ingrato y vil pecador, con mis avaricias y usuras os he vendido; con mis perjurios y sacrilegios os he entregado como Judas; con mis impurezas he escupido en vuestro rostro santísimo: con mis blasfemias os he insultado en vuestra cara: con mis iras os he atado vuestras manos sacrosantas:*

con mis venganzas he puesto atrevido mis manos en Vos, ¡Padre mío!: con mis pasos a la iniquidad os he pisado: con mis lazos criminales os he arrastrado: con mis impiedades os he llenado de improperios: con todos mis pecados os he maltratado, os he cargado de golpes y cadenas, como los soldados impíos. ¡Sí, Jesús amado! Todo esto he hecho yo con Vos. Pero ¡ah!, Vos curasteis a Malco, Vos recibisteis con amor al mismo Judas. ¿Y no me curaréis, no me recibiréis, no me abrazaréis a mí? Sí; perdonadme, curadme, recibidme, abrazadme, dadme un ósculo de paz y de amor, ¡Dios de misericordia y de amor! Dádmelo, y dádmelo en mi corazón, para que se cambie, para que deje la culpa, para que no renueve más vuestras angustias, para que se llene de gracia, para que jamás me separe de Vos, para que os acompañe siempre en el Huerto y el Calvario, sudando por Vos, padeciendo por Vos, agonizando con Vos, muriendo con Vos; para que al fin pueda también reinar con Vos en el Cielo. Esta es, Salvador mío, la gracia principal que os pido y espero de vuestro amor, junto con la de esta novena.

—Medítese, aliéntese la confianza y después récese lo demás, como el primer día.